

Paracetamol

© SANTIAGO VAQUERA-VÁSQUEZ

Finales de diciembre y aquí estamos en Chicago. Los Outer Territories de Aztlán. Ja. Un día helado. Heladísimo. Desde este piso del hotel, veo un río cubierto de hielo. Allá abajo, a veintidós pisos. Qué cabrón. Hay gente caminando por la avenida Michigan, rumbo al Million Dollar Avenue para hacer compras. Es un día nublado. La gente intenta esconderse del frío, pero están determinados en llegar a hacer sus compras. En la distancia veo columnas de vapor que salen de algunos edificios al otro lado del río.

Preferiría no tener que mirar todo esto. Me congela.

Te voy a contar algo que me pasó hace años, cuando era estudiante en Chico State. Allá en el norte de California. Te cuento de la vez que me encontré con mi padre en el mall. North Valley Plaza, “the old mall.” Era por esta época, finales del año. Había dejado de pensar mucho en él. Quedaban simplemente unos recuerdos vagos, unas fotos borrosas encerrados en un baúl, algunos comentarios que de vez en cuando salían por boca de algún tío o tía.

North Valley Plaza. Como mall dejaba mucho por desear. Pero de niño, era el único sitio. Se volvió casi rito. Los jefes nos subieron todos al carro y para Chico nos íbamos. A veces nos llevaban al cine, ya que el cine de Orland todavía no había empezado a ofrecer funciones de cine mexicano. Ese cine de Chico ya no está. Lo tumbaron y construyeron un aparcamiento. Pero en su momento era el ground zero para la comunidad mexicana. Antes de la función ponían algún noticiero con las noticias de lo que estaba pasando en México y en América Latina. También había un presentador que

Santiago Vaquera-Vásquez is an Assistant Professor at the University of Iowa and has published stories in international literary journals and newspapers as well as in major anthologies on contemporary literature in the Americas (1998, *Líneas aéreas*; 2000, *Se habla español, voces latinas en USA*; 2005, *Pequeñas resistencias 4: antología del nuevo cuento norteamericano y caribeño*; 2008, *En la frontera: I migliori racconti della letteratura chicana*).

Vaquera-Vásquez, S. “Paracetamol.” *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin - UAH, 2:3 (2010): 163-169. Print.

hacía pequeños concursos durante el intermedio de la película. Mi hermana y yo lo pasábamos corriendo por el pasillo. Una vez nos subimos al escenario en plena función y empezamos a jugar con nuestras sombras gigantescas proyectadas en la pantalla.

Después íbamos a comer y luego al mall. Pasamos mucho tiempo allí. Me acuerdo cuando fuimos a Montgomery Wards, uno de los grandes almacenes del mall, para ver pintura. Mis jefes acababan de comprar una casa y mi jefa la estaba decorando. Me mostró un azul claro, casi verde, y me preguntó si me gustaría para mi habitación. En esa época mi color favorito era el rojo, pero a mis seis años sabía que no era color para un boy. Opté por el azul. La habitación de mi hermana era un color rosa pastel. Desde entonces ni a ella ni a mi nos gusta el azul claro ni el rosa pastel.

Claro. Todo eso fue antes del divorcio y del cáncer de mi hermana.

En esa época empezaron mis dolores de cabeza. No eran migrañas, no completamente. Pero sí eran dolorosos. Nunca le dije a nadie la magnitud. Con lo que veía en casa —la jefa abriendo facturas para los gastos del hospital, las quejas a ella de mis hermanos que querían venir a vivir con nosotros, los sollozos de ella en la noche cuando pensaba que estaba dormido— o lo que veía en el hospital, pensé que mis dolores de cabeza no eran nada en comparación.

Fue también en esa época que empecé a encerrarme, endurecerme. Con todo que veía en casa y en el hospital no sabía como procesarlo todo. Ya no quería sentir todo eso. Mi sistema estaba en overload. No quería sentir nada. Encontré que la única manera era matar mis feelings. Entumecerme. Cubrir el corazón con hule, para que todo rebotara.

A veces las cosas de la vida llevan a soluciones drásticas.

El divorcio de mis jefes, seguido por el cáncer de mi hermana menor costó mucho a mi madre. Incluso hubo un par de años en que mis hermanos y yo tuvimos que ser divididos por entre la familia para que ella se pudiera dedicar a estar al lado de mi hermana en el hospital.

Quizá si mi jefe no hubiera vendido la casa, mandándonos a la calle en el proceso, quizá podríamos habernos quedado juntos. Pero claro, él dictaminó los términos del divorcio: le dijo que ella podría quedarse con nosotros y él se quedaría con todo lo demás. Luego añadió: Si quieres algo más, te quitaré hasta los niños.

Mi jefa no supo qué hacer. Estaba convencida de que mi padre con sus contactos en la corte podría ganar cualquier batalla legal.

Tuvo que aceptar la oferta. O nosotros y nada más, o perder todo.

Sin casa, una hija enferma y la falta de dinero, tuvo que tomar la decisión de mandarnos a vivir con varios familiares mientras que ella tuvo que mudarse cerca del hospital donde trataban a mi hermana.

Mi hermano y mi hermana la menor se fueron con una tía en Orland donde vivíamos. Mi hermana se fue al hospital de Stanford. Mi jefa consiguió un trabajo en una fábrica de computadoras en Silicon Valley.

Fui el último en conseguir una casa, como que las palabras que la madre de mi jefe impuso sobre mí me marcaron con una maldición. En una fiesta en casa ella se paró y sentenció, apuntándome: todo fue tu culpa. Eso fue todo. Como el hijo mayor, entendía qué quería decir. Arruiné a mi padre al nacer.

Mis tíos no querían que me quedara con ellos. ¿Qué iban a hacer con un sobrino maldito? ¿Un sobrino que algunos pensaban era retardado, o al borde de la locura? No, mejor llevar el hijo marcado por la maldición a otro sitio, a otra familia.

Lejos.

Lejos para que la ola maldita no les hundiera.

Terminé viviendo con unos tíos en San Diego. Aceptaron porque mi jefa les prometió que les pagaría por cuidarme.

Toda una tragedia esa época.

Viví seis meses con mi madre en un apartamento en Mountain View. Al cruzar la calle estaba la escuela donde asistí por un semestre. Todo parecía perfecto. Lo único es que el complejo de apartamentos donde vivíamos no aceptaba niños. El gerente aceptó hacer una excepción en el caso de mi hermana porque iba a pasar la mayor parte del tiempo en el hospital. Como no pudo encontrarme una casa en Orland, tuve que vivir clandestinamente en el apartamento.

Por cuatro meses salía en cuclillas a la calle para irme a la escuela. Después tenía que volver al apartamento con cautela para encerrarme en la habitación con las ventanas cerradas. Mi jefa trabajaba hasta tarde y luego se iba al hospital. Volvía por la noche para preparar la cena. Me pasaba las tardes después de la escuela leyendo cómics o inventando historias. En unas era un explorador en busca de un tesoro escondido en la sierra. En otras era un guerrero Jedi luchando contra el imperio. En otras era un secret agent estilo James Bond en constante batalla contra el Dr. No y sus planes nefastos.

En la mayoría de mis historias era un prisionero en una torre en un castillo en una isla pequeña en el centro del mar. Estaba custodiado por un ogro carcelero y cada aventura era una variante de hacer llegar un mensaje a mi hermana, custodiada en otro castillo lejos de donde me encontraba.

A veces después de la escuela me tocaba mi sesión con Mrs. Parsons, la psicóloga de la escuela. Me mostraba fotos y me pedía que contara lo que ocurría en ellas. Eso me divertió. Lo de contar.

Me mostró una foto de unos niños sentados en una mesa. Una madre sonriente a punto de servirles la cena. Mrs. Parsons me preguntó por el padre. Dije que estaba de viaje de negocios y que estaba contento porque sabía que su familia estaba feliz. Lo que no le dije a la psicóloga era que dentro de mí pensaba que el jefe no estaba porque estaba en la cantina con sus amigos y su novia. Los niños y la madre estaban contentos porque el jefe no estaba allí para gritar o golpear a la jefa.

Me acuerdo de una noche en que volvió el jefe borracho y nos mandó a todos a nuestras habitaciones. Luego se lanzó contra mi jefa con un juguete de mi hermana la menor. Mi hermana intentó pararle. Yo me quedé en mi habitación con mi hermano, abrazándole y cantándole una canción. Cuando terminó, el jefe se fue de la casa. Yo estaba parado en la puerta de mi cuarto. La menor lloraba en su cuna. Me miró y sonrió antes de salir. Tú tuviste la culpa, me dijo su mirada. Me fui donde la jefa y antes de entrar vi una mancha de sangre en la pared.

Ayudé a mi madre a llamar a la policía por última vez. Luego salí de casa en mi bicicleta cargando el juguete ensangrentado.

Los fines de semana me quedaba en el hospital con mi hermana. Las enfermeras eran muy simpáticas y me pusieron un catre a su lado. Las habitaciones eran para seis niños. La segunda vez que me quedé con ella, conocí a los padres de Trina, una niña de tres años con leucemia. En otra cama estaba Henry, un chico de catorce años que tenía hemofilia. También estaba Lisa, otra chica con leucemia, que luego fue la gran amiga de mi hermana. Tim era hijo de un astronauta y tenía un cáncer muy raro, pasaba mucho tiempo en la sección de medicina experimental. Finalmente estaba Juliet, una chica que fue operada en la misma semana que mi hermana. A ella también le amputaron la pierna. Tenía pelo largo, pero ya se le empezaba a caer y hubo varias noches en que la oí llorando por el pelo perdido.

Aún con la tristeza que le rodeaba —los niños que morían en la noche o que simplemente desaparecían, los medicamentos que le dejaban agotada y sin fuerzas para alzar el brazo, las muestras de sangre que le pedían— mi hermana mantuvo su típico buen sentido de humor. Pero yo sabía que le aterrizzaba todo que le rodeaba. Muchas noches me pidió que le contara algún cuento. Empecé a contarle lo que había leído en los cómics, o la trama de alguna peli que vi en la tele. Pero luego le empecé a contar las historias que hacía en el apartamento: aventuras de ciencia ficción, de espías, de piratas.

Cuando me caían los dolores de cabeza aguantaba todo lo que podía. No me quería quejar. Me acostaba en el catre y me cubría la cabeza con una almohada. Fue una de las enfermeras, Joy, que se dio cuenta de que sufría y empezó a darme paracetamol para el dolor. Me tumbaba al lado de mi hermana y miraba por la ventana hacia fuera.

Sentía como el dolor fluía y se disminuía, sentía como salía por detrás de la cabeza y pasaba por la almohada, el colchón del catre donde dormía y se disipaba en el aire. Paracetamol para la cura. Paracetamol para el alma.

Desde entonces siempre llevo paracetamol conmigo.

A los seis meses ya era too much. El gerente del complejo de apartamentos me agarró un par de veces y a mi jefa se le terminaban las excusas por mi presencia. En navidad pudo convencer a su hermano mayor que fuera a vivir con él. Lo tuvo que sobornar.

No quise dejar a mi hermana, pero no había de otra. Pasé casi un año viviendo con mis tíos hasta que mi jefa pudo conseguir otro médico para mi hermana en San Diego. Y unos meses después, casi dos años desde que nos tuvo que separar, mi jefa pudo reunir a sus hijos bajo el mismo techo.

Un año después, mi hermana ya fuera de peligro, nos mudamos de nuevo a Orland. Aunque la familia de mi jefe vivía allí, mi jefa todavía sentía una conexión al pueblo. Así que volvimos al pueblo donde crecí y esos tres años que vivimos a la deriva se volvieron como un paréntesis en la vida. Un blip. Un momento de esos que todos intentamos olvidar.

No sé por qué te estoy contando todo esto. Contexto, quizá. El hecho de que estamos aquí en esta habitación de hotel a veintidós pisos encima de la avenida Michigan en Chicago, quizá. Quizá porque estoy en plan confesión. Quizá porque mi ex-mujer siempre se quejaba de que nunca me gustaba hablar tanto, de que siempre le parecía distante.

Aunque el mall estaba en clara decadencia todavía iba de vez en cuando. Por lo del pasado. Como no tenía carro, me iba en la bici que estacionaba cerca de la entrada que estaba al lado de Montgomery Wards. Los otros dos grandes almacenes eran Mervyn's y JC Penney. No me di cuenta hasta después que mi ruta por el mall seguía los mismos pasos que mis jefes. Entrábamos por la puerta al lado de Montgomery Wards y luego pasamos a esa tienda. De allí caminábamos dirección a Mervyn's y finalmente a Penney's, parando en cualquier tienda por allí.

La única diferencia fue que cuando iba de estudiante no pasaba a las tiendas. Más que nada iba a caminar. Casi siempre iba cuando sentía que empezaría un dolor de cabeza y no sé, el mall me calmaba. Es el único mall por donde he pasado que he sentido algo similar. Caminar por entre la poca gente, mirar las vitrinas, sentarme en un banco en el centro del mall y mirar a la gente en su búsqueda de ofertas, me ayudaba bajar los efectos del dolor. Sobre todo si por alguna razón no me quedaba paracetamol.

Era un día como este, nublado. El día que me encontré con el jefe. Allí en el mall. Le encontré frente a la tienda de Hickory Farms, esa tienda que vende quesos y salchichas ahumadas. Estaba allí frente a las salchichas, mi padre. No le había visto en

seis años. Desde la vez, meses después de esa noche, cuando vino a vernos sacar nuestras pertenencias de la casa. Supuse que no vino para despedirse sino para asegurar que mi jefa no se llevara más de lo que se había especificado por los términos del divorcio. No nos habló, sólo hablaba con mi madre. Antes de irse, le dijo: Algún día de estos te veré viviendo en la calle con esos chamacos mugrosos que tienes. Y ese día seré feliz.

Después de esto, se subió a su carro recién arreglado y se fue. Tuve ganas de lanzarle una piedra. Pero el valor que tuve esa noche ya no lo tenía: había vuelto a mi carácter tímido.

Pensé evitarlo, caminar por otro lado del mall, bajar la cabeza al cruzar, algo. Decidí acercarme y le dije: Hi, dad.

Sin sorprenderse, si dio la vuelta y me miró unos segundos antes de preguntarme: What are you doing here?

Al hablarme en inglés, no estaba sorprendido. Desde que tenía cinco años así me hablaba. Le miré y le contesté en español:

Nada.

Good. That's good. Me contestó y siguió mirando a las salchichas.

Por un rato no me dijo nada, como esperando que me fuera. Daba por concluido nuestro encuentro.

Me quedé parado allí, aunque ya me empezaba a doler la cabeza. Había una farmacia cerca y sabía que podría comprarme por lo menos ibuprofeno que para esa época me hacía mejor efecto. Decidí quedarme plantado frente a él. A ver qué hacía.

Finalmente suspiró hondo. Me invitó que nos sentáramos en unas bancas frente al Hickory Farms. Al sentarse se empezó a quejar del trabajo y de los dueños de la fábrica. No le importaba si yo conocía de quien hablaba. Lo suyo era simple una larga letanía de quejas.

Mi jefa me dijo una vez que en el principio el jefe siempre al volver del trabajo se ponía a quejar. Y si se sentía menospreciado por algo —si algún colega recibió un ascenso, si alguien le hizo un comentario o un reproche, si escuchaba un comentario que percibía como racista— se iba a casa para quejarse. Como esperando que mi madre pudiera solucionar todo. Pero luego pareció descubrir que la solución era la cantina. No sé si es excusa.

Algunos dicen que debería haber sido yo el que sufriera el cáncer. Que como fui yo quien arruinó al jefe me tocaba la maldición. No fue así. A mi hermana le tocó perder la pierna: a mí me tocó la culpa.

El encuentro con mi jefe no fue el gran showdown que uno esperaría. Nos sentamos en una banca frente a Hickory Farms y se quejó del trabajo, de las horas

pesadas, de los gerentes. Quejas que uno haría a cualquiera que se encontrara por la calle. Finalmente, me preguntó qué hacía y le contesté que estaba terminando la carrera en la universidad.

Me miró como por primera vez y luego me reprochó. *Why are you wasting your time?* Y sin pensarlo, dijo: Ponte a trabajar.

Esa noche, al salir de casa, encontré a mi jefe en su cantina preferida. Claro. Se fue allí justo después. No entré. Me quedé parado enfrente de la puerta, sin saber qué hacer. Su carro lo tenía estacionado al cruzar la calle. No quise cruzar el umbral, entrar a la cantina. Ya a los catorce años sabía que no quería ser como mi padre. Pensé que entrar a ese lugar me convertiría en alguien como él.

Me lancé contra su carro. Con una piedra rayé la pintura. Con una más grande rompí el cristal. Dejé el juguete de mi hermana en el asiento de enfrente. Cuando terminé escuché que llegaban sirenas. Me subí a la bici y me fui.

No hablamos del pasado. No me preguntó por la familia, mi madre, mis hermanos. No dijo nada sobre el carro. Llegó su hija y me miró un rato antes de decirme:

I know you. You're my brother.

Y luego tomó la mano del jefe. Nos despedimos sin afecto. Los dos se fueron caminando hacia la salida. Noté que mi padre cojeaba un poco. Había envejecido.